

servil é insípido, diremos que el *Espía turco* inspiró á Montesquieu sus *Cartas persas*; pero el Mahmud de Marana, aunque no Levantino, es á lo ménos original, mientras que el Usbeck de Montesquieu está convertido en un Parisiense, con las ideas francesas refinadas y pulidas.

Vertot. Entre los Franceses, Vertot, buen narrador, buscó asuntos dramáticos que exponer en sus *Revoluciones*; Saint-Real refirió la *Conjuracion de los Gracos* y la *de Venecia*, imitando á Salustio hasta en cuidarse poco de la verdad. Abunda en interes la *Historia de la liga de Cambray* por Dubos, y en tierna sencillez la de Enrique IV por Perefice. La *Historia del comercio y de la navegacion antigua* por Huet ha perdido mucha parte de su valor con las indagaciones posteriores: la *de los emperadores romanos* por Tillemont es obra completa. El Parisiense Adriano de Valois fué el primero que examinó con erudicion imparcial la historia antigua de los Francos, hasta entónces reducida á cuentos vulgares, y escribió en buen latin sus vicisitudes desde el imperio de Valeriano hasta la segunda raza (1), en la que se detuvo « cansado del inmenso trabajo. » Lo que resta de ella está apoyado todo en pruebas históricas, tanto que se cuenta entre las fuentes. En las inducciones se descubre su buen juicio, si bien luego aparece desprovisto de color y de sentimiento íntimo. Conoció la distincion de las dos razas de conquistadores y conquistados; mas por amor á la pureza clásica, suavizó las cosas, los nombres, las palabras; es decir, las desfiguró, modelando los primeros reyes con arreglo á los príncipes de su tiempo. Aunque no afean su obra las preocupaciones, y busca sinceramente la verdad, no tiene la sutileza suficiente para hallarla en los pormenores. Pasó, pues, sin llamar la atencion, dejando el honor de jefes de escuela á otros que le son inferiores en mérito.

Daniel. 1649-1723. El padre Gabriel Daniel, de Ruan, correcto y claro al referir los hechos de los Francos, carece de datos sobre sus leyes y costumbres, es parcial en lo que toca á la Iglesia, falsifica los anales de la nacion en favor de la autoridad real, empeñándose en justificar todos los actos de esta, y despoja á los cronistas del encanto y el poder de la narracion contemporánea.

Meseray. 1640-1683. Son tanto mas laudables las tentativas hechas en Francia para desterrar las antiguas preocupaciones, cuanto que toda innovacion era allí sospechosa. Francisco Mezeray, de Argentan, no supo guardar silencio acerca de la institucion de los Estados Generales y de sus atribuciones; no quiso disfrazar lo pasado para justificar el despotismo presente; mostró las iniquidades del poder, y vió que « en tiempo de la segunda raza el reino estaba sujeto á la ley de los feudos, y se gobernaba como un gran feudo, mas bien que como una monar-

(1) ADRIANI VALESII, *Gesta veterum Francorum*, t. 3, 1616-58.

quia. » Por tanto se le acusó de « adular siempre al pueblo á expensas de la corte, y de complacerse en notar lo que habia de odioso é ignominioso en el gobierno de Francia » (BAYLE); en vista de esto, le dijo Colbert: « Sois historiador grafo del rey, y estáis pensionado por S. M.; » debéis escribir la historia como á él le plazca, » y no como vos la entendéis: *debo mandar que cese vuestra pension.* » Mezeray hubiera debido responder: *Mi libro me sobrevivirá, y se sabrá por qué fui castigado;* pero lo que hizo fué resignarse á corregir, y en premio obtuvo média pension. La verdad no desagradaba solo á la corte: La Curie de Sainte-Palaye redactó para la Academia de las Inscripciones las Memorias sobre la caballeria, de manera que contentasen á los *grandes señores*, que eran socios; y despues, al imprimirlas, puso en las notas la verdad, en contradiccion á menudo con el texto.

1697-1781. Cuando Fenelon pidió á todos los intendentes del reino datos sobre las antigüedades de cada provincia, y sobre los usos y fórmulas de su gobierno, para instruccion del duque de Borgoña, el escrito mas notable fué el del conde Enrique de Boulainvilliers (1). Estudiando las *Capitulares* publicadas por Baluzio, habia llegado al conocimiento de las antigüedades, y ayudado por las ideas de su clase, encontró que los nobles en la edad média eran iguales entre sí, é inmensamente superiores al resto del pueblo. Hace proceder la condicion presente del reino de la conquista de los Francos que se establecieron en la Galia, reduciendo á servidumbre á los naturales, despojados de todo derecho político, de forma que únicamente ellos quedaron en la categoría de verdaderos nobles. Todos libres, iguales y exentos de impuestos, gozaban de los bienes reservados al dominio público, eran juzgados por sus pares, tenian la libertad de atacar y defenderse á mano armada, de votar leyes y deliberar en las asambleas generales. Estas fueron abolidas por Carlos Martel y restablecidas por Carlo Magno; no encontrándose huellas de tales asambleas á la caída de los Carlovingios, cuando se desmembró el reino. Hugo Capeto no fué, pues, elegido rey por el parlamento; lo fué, porque el parlamento habia dejado de existir. En su lugar se crearon los feudos, y durante ellos los nobles, siempre iguales entre sí, eran de hecho y de derecho los únicos grandes del Estado, no conociéndose distinciones de títulos. Este orden de cosas cambió con la emancipacion de los siervos, y su elevacion á la condicion de sus amos, objeto á que continuamente se dirigió la tercera raza para convertir en absoluto el gobierno, y que consiguieron principalmente Richelieu y Luis XIV.

Esta historia de la nobleza, tan conforme con las noticias que proporciona la historia general al que la examina valiéndose de los conocimientos mas recientes, inspiró á los nobles una

(1) *Histoire de l'ancien gouvernement de la France.*

idea soberbia de su origen, y creyeron mas firme su derecho por hallarse fundado en la conquista. Así, en vísperas de acaecer la Revolucion, exclamaba Siéyes: *Si; pero el tercer estado conquistará ahora á los conquistadores.* Entónces el libro de Boulainvilliers pareció un insulto á la clase média, y fué objeto de burlas y sátiras. Despues el abate Juan Bautista Dubos, secretario perpétuo de la Academia francesa, lo refutó con mucha erudicion (1). Niega la conquista, y dice que los Francos entraron en la Galia como aliados de los Romanos, respetando la administracion del país y el estado de las personas, y que solo hácia el año 1000 la desmembracion de la soberania y el cambio de los oficios en señorios hicieron surgir contra el rey y contra el pueblo una casta dominadora, que produjo los efectos de la conquista. Idea falsa, cuyo único mérito es haberse anticipado á Savigny, sosteniendo la supervivencia del derecho romano.

1670-1742. Basta á la Alemania el gran Leibnitz, al cual se presentó la difícil pero indeclinable necesidad de enlazar la existencia de una nacion con la de todas. Encargado de escribir acerca de la casa de Brunswick-Luneburgo, reunió infinitos materiales, que habiendo crecido entre sus manos, le pusieron en el caso de publicar, bajo el título de *Codex juris gentium diplomaticus*, un riquísimo repertorio, no solo respecto de la política, sino tambien de la índole, lengua y conocimientos de los pueblos; y en el prólogo se remonta á los principios de derecho natural y de gentes con penetracion suma. Los trabajos preparatorios de su historia le proporcionaron ocasion ó materiales para muchas obras, entre otras para una coleccion de los historiadores que habian hablado de aquella casa, y que fué como el preludio de las obras de Duchesne y Muratori. Pero lo que mas importa es que, al tratar de Brunswick, reconoció la necesidad de referir á aquel territorio la historia de Alemania, á esta la universal, y á la historia del hombre la del planeta en que habita; de suerte que se halló conducido por los accidentes de una casa soberana á meditar sobre el estado primitivo del globo; conexion que eremos inevitable para todo el que no quiera limitarse á escribir un fragmento. Por lo demas, la obra no fué concluida. Tambien se hace mencion de su *Investigacion* sobre el origen de los Francos, á quienes supone procedentes del Báltico; idea que contradijeron el padre Tournemine y Gundling, derramando la discusion nueva luz acerca de las razas bárbaras. En el *Ensayo sobre el origen de los pueblos*, y en su correspondencia, se ve que Leibnitz aspiraba á acercarse, por medio del análisis y de las etimologías, á la cuna del género humano, recomponiendo una lengua primitiva y descubriendo así las relaciones entre las palabras y las ideas. Esta apli-

(1) *Histoire critique de l'établissement de la monarchie française dans les Gaules.* 1734.

cacion de la filología á la nistoria era nueva, y la prosiguió recogiendo noticias de los viajeros, de los misioneros, de las personas científicas, convencido de la facilidad con que se abusa de las etimologías, pero seguro de que la verdad procede á menudo de los errores, así como las ciencias se enriquecieron con la investigacion de las *tria magna inania*, la piedra filosofal, el movimiento continuo y la cuadratura del círculo.

La historia daba un gran paso elevándose á la dignidad de filosofía; cesando de ser simplemente arte y narracion, se dedicaba á observar á los hombres, como si compusiesen una sola familia, y á reunir los acontecimientos de las generaciones pasadas en una sola concepcion que ayudase á adivinar los acontecimientos futuros. Ya Pascal habia dicho que « toda la serie de los hombres, en el espacio de tantos siglos, debe considerarse como un solo hombre que subsiste siempre y aprende de continuo. » Bossuet, en su *Discurso sobre la Historia Univarsal*, pasa revista á las naciones al pié de la cruz, presentando todos los sucesos como preparacion ó desarrollo de esta.

En el curso de las vicisitudes humanas los antiguos no alcanzaban á ver si no el fenómeno, la obra del momento, el dia de hoy, aislado de todo lo que le habia precedido y de lo que debia seguirle. Ó son fatalistas, como Tucídides, ó ven como Herodoto, Tito Livio, Plutarco y hasta Tácito la intervencion continua é inmediata de la Divinidad: métodos ambos que impiden distinguir el admirable concurso de la libertad humana y de la Providencia divina, que constituye la historia. Ciceron fijó en ella su mirada, asombrado de los grandes trastornos de su tiempo; pero educado en las ideas de la fatalidad, aunque tiene valor para combatir alguna de las ideas corrientes sobre la adivinacion, una vez destruido el hado, no sustituye en su lugar nada capaz de dirigir las acciones humanas. El patriotismo antiguo, distinguiendo las naciones hasta con divinidades particulares, no permitió abarcarlas bajo un solo aspecto, hasta que el Cristianismo proclamó la fraternidad universal, y la historia eclesiástica acostumbró á referir todos los acontecimientos á los de la Iglesia. En tiempo de San Agustín la doctrina del fatalismo habia caído, y él se adhirió del todo á la de la Providencia. En medio de los males de su época propende á justificarla, mostrando que no afligian menores calamidades á los siglos del paganismo, y que la sangre de Abel clamó siempre contra la de Cain, que la ciudad de los hombres estuvo en lucha constantemente con la de Dios. San Agustín cree al hombre responsable de sus actos, asignando sin embargo gran parte al impulso divino á la Gracia.

En tiempo de Bossuet, la historia habia adquirido extension y experiencia; lo que Agustín no vió mas que en gérmen, aparecia desarrollado; pero Bossuet solo abarcó un punto de

Filosofía de la historia.

Bossuet 1627-1704.

tan vasta escena, la acción de Dios sobre la nación escogida, á la cual subordina los imperios. Desaparece el hombre, no porque Bossuet niegue su poder (1), sino porque no presta atención mas que á las grandes revoluciones; la grandeza de los siglos modernos es para él un himno al Dios que desde lo alto de los cielos empuña las riendas de todos los reinos. Puede parecer excesiva la importancia que atribuye al pueblo hebreo; pero si este pueblo es el custodio de la tradición, si en su seno debe nacer el Mesías, ¿hay alguno mas digno de servir de centro y de objeto á las acciones de la humanidad entera? ¿No acostumbraban los clásicos á considerar únicamente á su nación, menospreciando á los Bárbaros? Pues bien, Bossuet se desquita, subordinando ó sujetando á aquellos á esta nación cristiana, que baja del Eden al Calvario, y se derrama desde allí por todo el mundo.

Por lo demas, no se encuentran nunca en él observaciones triviales; esparce por las historias griega y romana reflexiones vastas, seguras, profundas, y algunos juicios históricos son de una exactitud no superada hasta el día. Montesquieu estuvo muy distante de igualar los vigorosos toques con que bosquejó la política de Roma. Queda, pues, como modelo del objeto general que la inteligencia debe proponerse, á saber, la coordinación racional de las series fundamentales de los hechos humanos con arreglo á un plan único. Allí enseñó tambien el modo de decir la verdad á los reyes, hasta aduñándolos, pues al mismo tiempo que habla al serenísimo príncipe, le muestra el orden de la Providencia que dirige las cosas sin que puedan mudarse los grandes monarcas, simples instrumentos en la mano de Dios.

El Napolitano Juan Bautista Vico, hijo de padres pobres, se dedicó á la enseñanza para ganar su vida, y permaneció cuarenta años de profesor de retórica en la universidad de su patria, haciendo versos de circunstancias, panegíricos en honor de los nuevos vireyes, diatribas contra los rebeldes oprimidos, y elogios para las personas á quienes sonreía la fortuna. Desconocido de sus contemporáneos, é ignorando su valor propio, se elevó casi sin saberlo al primer lugar bajo el aspecto de la ciencia, buscando á tientas, proponiéndose problemas, de cada uno de los cuales surgían otros que le llevaban á encontrar nuevos métodos de resolverlos, y á ensanchar en la soledad el círculo de sus conocimientos. La lucha le vigorizó, ensanchó su sistema; combatiendo al genio, llegó á serlo él mismo, y adivinó lo que otros han descubierto posteriormente. Pero cuando quiere justificar con auxilio de la erudición sus atrevidas ideas, incurre en errores graves. Sin embargo, segun lo exigía su época, la erudición fué su punto de partida. Leyó los libros que la

Vico.
1644-
1708.

(1) En la oración fúnebre dedicada á Enriqueta, dice, hablando de Cromwell: « Qui ne laissait rien à la fortune de ce qu'il pouvait lui ôter par conseil et par prévoyance. »

casualidad ponía en sus manos; admiró muchos de ellos, sobre todo, los antiguos clásicos, á Dante, Leibnitz, Newton, y al tres veces máximo Bacon; pero lejos de conformarse con sus ideas, las ajustó á las suyas propias. Tomó por guía á hombres eminentes, como Grocio y Descartes; mas encontró que el primero habia reunido abstracciones separadas de su historia, convirtiéndose en jurisconsulto de los filósofos, no de la historia; y que el otro habia mutilado la historia, las lenguas, la erudición, reduciéndolas á líneas geométricas. Comparaba á Descartes con Crisipo, y le censuraba por exigir orgulosamente la evidencia matemática en las verdades que no son capaces de ella; añadiendo, que su método puede producir críticos, pero ningun descubrimiento grande; que el desprecio de la erudición conduce al desprecio de los hombres, y á destruir los medios y auxilios del pensamiento; que el axioma *Pienso, luego existo*, no prueba la existencia mas que por el fenómeno, y los escépticos no niegan este, sino su realidad, ni dudan de la conciencia, sino de su validez (1). En su sentir, no es el método, y sí el ingenio, lo que elevó á Descartes á tanta altura; la inducción se advierte al traves de la aridez afectada de su razon, como deja columbrar, mientras quiere abolir lo pasado, que este ha sido objeto de sus meditaciones.

En vez de esta indiferencia hácia la erudición, Vico elevó la filología á la categoría de ciencia, haciendo de ella la filosofía de la autoridad, el orden y la razon de los hechos que, aproximando las ideas lejanas, las fecundiza; no abraza únicamente las lenguas, sino tambien las costumbres y las acciones de los hombres; y empleando la crítica que llama *arquitectural*, quiere con ella *recomponer, suplir, enmendar, ilustrar los restos de la antigüedad*. Por tanto indaga los vestigios de la sabiduría itálica en el lenguaje (2), y atribuye la metafísica á los primitivos Italianos. En esta tarea de buscar en las raíces de los vocablos las raíces de los pensamientos, se equivocó á menudo por falta de erudición, si bien abrió el campo al nobilísimo arrojo de otros.

Medita al mismo tiempo sobre la historia de Roma, trazada en la sucesión de sus leyes. Pero la rigidez de las XII Tablas desmentía la cultura y la superioridad de los Italianos, la historia luchaba con la filosofía, la autoridad con la razon, y el derecho romano con el derecho racional de Grocio. Para ponerlos de acuerdo, recurre Vico á una armonía establecida de antemano en Dios entre la materia y el espíritu. De Dios proceden la justicia y la virtud, la necesidad y la utilidad; ó como decimos hoy, los intereses desarrollan las ideas de justicia, valiéndose al efecto de la materia; de suerte que, mientras los hombres se esmeran en sa-

(1) *De nostri temporis studiorum ratione*, 1708.

(2) *De antiquissima Italorum sapientia, ex originibus lingue latine eruenda*, 1710.

tisfacer sus necesidades físicas, la Providencia los conduce á la realización del tipo eterno de la justicia.

Una vez fijada la idea de la historia romana como una conquista sucesiva de la equidad, resuelve los problemas y las objeciones de sus antecesores de una manera inusitada, conciliando el derecho ideal de Platon y el político de Maquiavelo.

Pero no habiendo empezado la historia con Roma, tuvo que investigar cómo surgieron las aristocracias feudales del estado de naturaleza, é imaginó que el hombre, embrutecido en los doscientos años que siguieron al diluvio, hasta el punto de perder todas las tradiciones y el idioma, se sintió conmovido por el rayo, y entonces sospechó la existencia de un Dios; tomó de los bosques incendiados por el fuego celeste una chispa para sus necesidades, para las artes, y para quemar los cadáveres: avergonzándose de la promiscuidad, arrebató una mujer y la llevó consigo á las cavernas, origen de las familias de que se derivaron los asilos, la cultura y el pudor del cielo, de los vivos, de los difuntos; los padres se confederaron, y se estableció el patriado, conservando el privilegio de la familia y de la religión (1).

El mito, la etimología, la tradición y el lenguaje se prestan mutua ayuda para explicar la intervención del derecho en la historia, y demostrar que los hechos de la historia romana se reproducen en todas. La erudición no poseía aun bastantes hechos con que desmentirle, y le dejaba el campo libre para echarse á adivinar. Los idiomas y las religiones son su único documento; la mitología es la expresión lírica de la historia primitiva; el vocabulario un depósito de las conquistas de la verdad y del derecho, verificadas bajo el impulso de la necesidad; la poesía, que es el lenguaje heroico, las frases expresadas por medio de hechos, le presentan en todos los pueblos la historia de Roma. Esta última fué conservada por las leyes, y aunque apenas subsiste algun fragmento de las demas, pudieran formarse, en atención á la analogía que guardan con aquella. No hay tradición que no sepa referir á la historia romana, objeto de sus meditaciones.

La historia bíblica se opone á esta marcha de todas las naciones que, obrando siempre con igualdad en circunstancias iguales, desarrolla de un modo uniforme las ideas humanas bajo el impulso de lo útil y de lo necesario en la familia, en la ciudad, y en la nación. Vico, no atreviéndose á interpretarla, la deja á un lado, reconociendo en el pueblo hebreo una marcha particular y fuera de toda discusión. Homero contradice tambien sus aseveraciones, al cantar costumbres corrompidas, largos viajes, divinidades envilecidas que nada tienen que ver con el patriado romano. Vico, para explicar

(1) *De universi juris principio et fine uno*, 1714. *De constantia philologia*, 1721.

esto, ensancha su ciencia, y descubre una edad divina, otra heroica, y la tercera humana, caracteres dobles y poetas de una edad corrompida que se proponen á sí mismos como regla del universo, y atribuyen á las comarcas lejanas los nombres de sus respectivos países, haciendo creer en viajes absolutamente imposibles en aquel estado de rudezas.

De aquí provino entonces su historia ideal, eterna, que absorbe en leyes inmortales de razon las manifestaciones particulares de Roma, de Atenas, de Esparta, de los hombres, de los lugares y de los tiempos. El derecho se realiza en la historia eterna de las naciones, empezando por la violencia, disfrazándola despues bajo fórmulas solemnes, ennobleciéndose en las ficciones que estas eluden; llegando á ser luego equitativo en las democracias y monarquías, siempre bajo el impulso preexistente de las necesidades y las utilidades, de las pasiones y los intereses, desde la gruta donde se refugió el salvaje aterrado por el rayo, hasta el trono en que el pueblo coloca, como su representante, al emperador que nivela los derechos.

Estas épocas sucesivas de los dioses, de los héroes, de los hombres, tienen cada una ideas y lenguaje propio, religion y jurisprudencia especiales; hay, pues, una política y una moral de los pueblos y una de los filósofos, como hay un derecho histórico y un derecho filosófico (1).

Vico compara esta historia ideal, eterna, hallada por la meditación con los acontecimientos humanos siempre que, eliminadas las particularidades de los lugares y de los hombres, se considere solo el último significado que muestra á la Providencia, ordenando con un mismo y eterno consejo las cosas grandes y las pequeñas. Los filósofos no han presidido á la civilización, como pretende Grocio; y las personas de Pitágoras, Dracon, Solon y Esopo, superiores al vulgo, son símbolos ó caracteres que figuran una sociedad ó una serie de hombres. El propio Homero, á quien ántes habia admitido como un poeta ciego, mudó luego de aspecto para él; pues las meditaciones posteriores le *arrastraron y violentaron* hasta el punto de creerle un mito como un Hércules y Pitágoras; no es un poeta, sino la poesía; y jamas ha sido superado, porque no es posible superar la inspiración inculta de todo un pueblo. Vico hizo otro tanto con la historia romana, convirtiéndola á sus reyes en caracteres políticos, sobre cada uno de los cuales acumuló el pueblo los efectos de revoluciones lentas, así como se atribuyeron á las XII Tablas hasta leyes plebeyas, obtenidas muy posteriormente por el triunfo de la democracia.

En suma, Vico fué quien primero conoció que la historia debe estar sujeta á cierta ley, la cual buscó, al paso que Bossuet trató de hallar su objeto. El historiador italiano consideró las naciones en sí mismas y los hechos como fauces de la vida; el frances no vió en ellas sino instru-

(1) *Principj d'una scienza nuova*, 1726.

mentos, y solo fijó la atención en lo que podía mostrar su conveniencia con los designios de Dios. Para Vico el acaso está desterrado de la historia; también lo está la omnipotencia de los grandes hombres; todo es providencial, todo se encuentra establecido de antemano, y no solo en todas las naciones, sino en los mundos infinitos.

Presenta como prueba la *renovación de la barbarie* en la edad media, donde ve renacer los símbolos, el lenguaje, las clientelas; lo cual da testimonio de que el mundo volvió a emprender su antiguo curso para precipitarse, en una época más o menos remota, en la barbarie. Así su sistema de círculos, y la erudición que le lleva lo pasado, le inducen a negar diez y siete siglos de progreso, la inmortalidad del Cristianismo y la emancipación del esclavo, que está ya fuera de discusión.

Aunque para él eran una cosa misma la ciencia y la belleza; aunque admiraba a los clásicos y el estilo histórico, *medio* entre la prosa y el verso; aunque los contemporáneos le alabaron como humanista, la forma de sus escritos impidió entender bien su idea (1); y no fué comprendido hasta que otros habían llegado adonde él, y aun más allá. No debe considerarse a Vico como un ingenio aislado, como un fenómeno en medio de un mundo demasiado atrasado para entenderle. Conoció lo mejor de su tiempo; refutó a Grocio y a Descartes; se aprovechó de los trabajos de Gravina y de Sigonio, especialmente del platonismo de Leibnitz. Supone que el terror causado por el rayo creó los dioses, sin saber que entre los pueblos salvajes el dios es el cómplice de los delitos y el enemigo de una civilización que condena los instintos. Mostrando la marcha de la civilización en las fórmulas del derecho romano, no advirtió que el gran pueblo surgió de en medio de la civilización anterior de las ciudades itálicas; así, pues, era un desarrollo y no un tránsito de la barbarie a la cultura, siendo esta tradicional y no espontánea. Trasladó al origen de su sociedad improvisada los conocimientos de las sociedades ya constituidas, las necesidades de propiedad, de familia, de religión, de esclavitud. Refutando a Descartes, que establecía por criterio el juicio del individuo, sustituyó el sentido común, la voz universal de los pueblos; pero ¿quién no ve aquí dominar también el error durante generaciones enteras, y nacer las mejoras de la razón individual que precede a la razón general? De suerte que el sentido común es la expresión del estado social, no de la verdad y de la razón. Encierra en un círculo fatal la marcha de las naciones, y atribuye el poder de Roma a su situación, confesando sin embargo que los pueblos son, en cuanto al juicio y la voluntad, tales como la educación los

(1) ¿Por qué ninguno de los editores modernos ha pensado en darle ortografía y división moderna? Haciendo con él lo que con Guicciardini, sería mucho más fácil comprenderle.

hace. Como aun duraba el imperio de la erudición, se extendió en lo concerniente a la antigüedad, y siempre le faltó la inteligencia de la época moderna; ni siquiera trató de adquirirla, persuadido de que el *férreo mundo* se hallaba en la edad de decadencia. Al ver la civilización italiana declinar en su tiempo y en su país, creyó que tal era la suerte inevitable de la humanidad, y buscó las causas inmensas de aquel decaimiento en los sucesos parciales de la nación que dominaba a la suya. La ciencia física y los descubrimientos de nuevas doctrinas orientales vinieron después a romper su círculo similar, y a demostrar que el Catolicismo, la emancipación del hombre y los descubrimientos impiden retroceder por el giro fatal de los mismos sucesos. La erudición desmintió la pretensión de adaptar todas las naciones a la historia de los Romanos.

Sin embargo, en medio de tantos errores, son dignas de admiración las conquistas de este ingenio ignorado, que dominado por aquella *melancolía que da grandeza*, se hizo enteramente antiguo, *introdujo* la filosofía en las fábulas, y pobló los desiertos antehistóricos con las creaciones de su imaginación, dominando al mismo tiempo lo presente y lo porvenir; que halló en la historia los tipos racionales; que advirtió la distinción entre el pueblo y la plebe; que dió al célebre pasaje de Clemente de Alejandría sobre la escritura egipcia, la interpretación con que se honra a nuestros contemporáneos; que disminuyó las maravillas chinas, y presintió la importancia de las naciones escíticas; que, estableciendo ciertas reglas de raciocinio, dudando de algunas preocupaciones, destruyendo otras, planteando muchas cuestiones, verificando a menudo descubrimientos, y aun más frecuentemente dirigiendo a otros autores en esta senda, se anticipó en más de un siglo al vuelo de la crítica y a la creación de una historia ideal de la humanidad, de los siglos pasajeros contemplados en el número de la eterna Sabiduría.

Apresurémonos a añadir que, desaprobando las investigaciones ociosas, dijo que el objeto de la filosofía era «comprender la verdad y la dignidad de las acciones que debe el hombre ejecutar mientras goza de vida;» y que, al contrario de los muchos escritores que no han hecho más que exagerar la degradación del género humano, sostuvo que «la filosofía, para ser útil a los hombres, debe elevar y dirigir al caído y al débil, no torcer su naturaleza, ni abandonarlos en su corrupción.»

CAPÍTULO XLII

Ciencias naturales y exactas.

Muy recomendables serían las academias si produjeran la unión de fuerzas y de voluntades para un mismo fin, pero con frecuencia, ó los

trabajos se hacían individualmente, ó a lo más probaban los adelantamientos de la ciencia, haciendo algunas aplicaciones útiles de ellos; y aun esto no se entiende con las academias literarias, especialmente en Italia, las cuales, como dice ingeniosamente Boccacini, se ocupaban «en la tarea importantísima de convertir las lanzas en husos.» Tanto más podían acarrear ventajas en aquella edad, cuanto que carecía el individuo de los medios que hoy ponen al estudioso retirado en comunicación con el resto del mundo. Bacon en su *Nova Atlantis* proponía fundar una sociedad nacional con el objeto de que progresaran las ciencias naturales, utopía impracticable, con una dotación pública para sostener y promover la ciencia, la cual, según él, no había tenido aun un *hombre entero*; y la creía tanto más necesaria, atendido el lamentable estado de las escuelas y de las universidades, donde únicamente se trataba de circunscribir el saber, excluyendo toda novedad; siendo así que «en las artes y en las ciencias, como en la minería, todo se debe obtener con nuevos trabajos y continuos progresos.»

Su pensamiento ya se realizaba en Italia. Bajo la protección del marqués Federico Cesi, se hallaba ya fundada la Academia de los Lincei en 1603, mucho más célebre que la del Cimento. Vivía aun Galileo; y aquel príncipe bueno, pero tan débil que no había sabido defenderle de las persecuciones, veneraba a este gran anciano lo mismo que le veneraban nacionales y extranjeros. Entretanto no se difundían las doctrinas, y solo se cuidaba del método, siendo Roma la primera que llamó a Benedicto Castelli, discípulo de Galileo, para que lo enseñara. Este, aplicándose al cálculo y a la experiencia, apoyó algunas de las verdades descubiertas por su maestro, esclareció ó aplicó otras; notó la irradiación de las estrellas y la atracción del iman, mostró antes que Hevelius la utilidad de lo diafragmas en los instrumentos ópticos; conoció que los cuerpos colocados al sol se calientan con variedad según el color que tienen; animó sobre todo a los jóvenes al estudio de la geometría, y determinó a que le emprendieran a Cavalieri, Miguel Ricci, Nardi, Magiotti y Torricelli, que entonces hacían progresar en Roma la filosofía experimental. Con el trato de estos tres últimos, a quienes él llamaba *mi triunvirato*, y con el de Peri, Aggiunti y Soldani, se deleitaba el anciano Galileo, que espirando en los brazos de Torricelli y Viviani, los dejó por herederos de su doctrina y de su misión.

Evangelista Torricelli, de Faenza, habiendo visto el tratado de Galileo sobre el movimiento, escribió acerca de este punto con tal maestría, que el célebre anciano le apreció mucho por su trabajo, y en seguida se le nombró catedrático de la escuela florentina, pero murió a los treinta y nueve años de edad. En su obra del movimiento fué el primero que dió a conocer la idea del ingenioso y utilísimo principio mecá-

nico que dos pesos unidos y colocados de manera que el centro de gravedad no varíe mudando de situación, se hallan siempre en equilibrio. Observó que el agua sale de un depósito con igual velocidad que la que adquiriría un cuerpo que cayese desde el nivel de la superficie del líquido hasta el orificio; teorema fundamental para la ciencia acerca del movimiento de los fluidos. Aplicó el método de los indivisibles a las cuadraturas del cicloide (contradiéndole en vano Roberval) y a la medida del hiperbolóide; simplificó el microscopio de Galileo, y por medio del cálculo, y no por la práctica, mejoró los lentes de los anteojos de larga vista, determinando la convexidad más oportuna que habían de tener. Pareciéndole una palabra falta de sentido la de *horror al vacío*, con la cual los físicos antiguos explicaban algunos fenómenos, estudió cuanto se había escrito hasta entonces sobre la presión del aire (1), y a fuerza de inducciones descubrió el barómetro que causó una revolución en la física, y creó una ciencia nueva (2). Tan preciosa aplicación ya estaba prevista por Torricelli, que dando cuenta de ella a Ricci, le escribía «que podría con su instrumento llegar a conocer cuándo era el aire más ligero ó más pesado;» y que este «siendo muy pesado en la superficie de la tierra, se hace más ligero y puro según se eleva sobre las cimas más altas de los montes;» proposición cuya verdad comprobó Pascal midiendo con el barómetro la altura de Puy de Dôme. Mientras Descartes se apropiaba ajenos descubrimientos, Torricelli se lamentaba de que Galileo no hubiera tenido la suerte de prever los efectos de la presión atmosférica. Quizá le ayudaron a perfeccionar el termómetro los experimentos del gran duque Fernando II, que fué el primero que se valió de él para medir las variaciones diarias de la temperatura, y para hacer salir los pollos de los huevos de gallina por medio del calor artificial.

En efecto, Fernando y su hermano Leopoldo trabajaban constantemente para encontrar nue-

(1) Cuando Pascal difundió en Francia sus investigaciones acerca del vacío, el jesuita Noel publicó con el objeto de refutarle *El lleno del vacío* (1643); merece transcribirse la dedicatoria al príncipe Conti, tanto por las ideas que contiene como para manifestar que el mal gusto no se encontraba solo en Italia.

« Monseñor: La naturaleza se ve hoy acusada de vacío, y yo trato de justificarla ante Vuestra Alteza. En un principio alguno sospechó esto, pero nadie había tenido aun el atrevimiento de convertir las sospechas en hecho y de compararle con los sentidos y los experimentos. Yo hago ver su integridad, y demuestro la falsedad de los hechos que se le imputan y la falsedad de los testimonios que se presentan. Si todos conociesen la naturaleza como Vuestra Alteza, a quien ella ha descubierto todos sus arcanos, no se vería acusada por nadie, y se guardarían muy bien de formar un proceso con testimonios falsos y experimentos mal hechos y peor confirmados. Espera, pues, señor, que vos la hagáis justicia de todas estas calumnias. Si para una justificación completísima es necesario que presente también experimentos y devuelva testimonio por testimonio, alegará el espíritu de Vuestra Alteza que llena todas sus partes, y que penetra las cosas del mundo más oscuras y ocultas, y ninguno se atreverá a asegurar por respetos a Vuestra Alteza que hay vacío en la naturaleza.

(2) La universidad de Witemberg en honor de esta invención instituyó un siglo después la fiesta *Saeculavia Torricelliana*.